

concurría también Miguel Paleólogo, emperador de Constantinopla. Halagó al aragonés aquella escitación, pues como él mismo nos dice en sus comentarios, «jamás á rey alguno se había presentado ocasión mas propicia para acometer una grande empresa.» No opinaba así el de Castilla, cuya aprobación no pudo recabar, por mas que lo intentó, don Jaime: mas al verle tan resuelto y determinado, no queriendo dejar de cooperar á una empresa tan santa por su objeto, dióle cien mil maravedís de oro y cien caballeros del orden de Santiago al mando del gran maestre don Pelayo Correa para que le acompañaran. Con esto partió don Jaime de Toledo, y dedicóse con afán á preparar la flota en que había de ejecutar su expedición. Dispuestas que tuvo treinta naves gruesas y algunas galeras, dejando por lugar-teniente del reino á su hijo don Pedro, y no bastando ni los ruegos ni las lágrimas de hijos y nietos para que renunciase á aquel viage, dióse á la vela con su armada en Barcelona en setiembre de 1269.

Mostráronse tan contrarios los elementos, y desencadenáronse tan furiosas borrascas, que rotas y desarboladas la mayor parte de las naves, cansado de luchar contra la larga y deshecha tormenta como se había movido, hubo de convencerse de que eran inútiles toda su voluntad, toda su resolución, y toda su porfía. Pudo al fin la escuadra, y túvose por fortuna, arribar al puerto de Aguas-Muertas en Francia, y des-

de allí volviése don Jaime por Montpellier á Barcelona, persuadido de que no era la voluntad de Dios que él realizase la expedición á la Tierra Santa, que con tanta fé y tan buena voluntad había emprendido.

Bien pudo en verdad felicitarse después don Jaime y dar gracias por aquel que entonces parecía un infortunio, si le comparaba con el término fatal que tuvo la cruzada que algunos meses después salió de aquel mismo puerto de Aguas-Muertas donde él por ventura abordó, conducida por San Luis rey de Francia y por Teobaldo II. de Navarra. Infortunada expedición, que dió por resultado sucumbir víctimas de una epidemia en tierra de infieles el santo rey con el príncipe Juan su hijo, y perecer poco después allá en Trápani el monarca navarro; solo aprovechó al rey de Nápoles y de Sicilia Carlos de Anjou, sucesor de Manfredó, á quien aquellas mismas desgracias sirvieron para negociar con el rey de Túnez un tratado de paz en que se obligó el emir de los infieles á pagar al soberano de Sicilia un tributo anual doble de lo que había pagado hasta entonces.

A su regreso á Aragón hallóse invitado don Jaime por su yerno el de Castilla para que asistiese á las bodas del infante don Fernando de la Cerda, hijo del uno y nieto del otro, con Blanca de Francia, la hija de San Luis, que iban á celebrarse en Burgos con la mas pomposa solemnidad. Concurrió en efecto don Jaime, y jamás en la corte de Castilla se vió tan bri-

llante y numeroso concurso de príncipes extranjeros y españoles y de personajes ilustres, puesto que se hallaron á estas fiestas nupciales, además de los soberanos de Aragón y de Castilla y de los infantes de ambos reinos, hermanos é hijos de los monarcas, don Alfonso de Molina, tío del de Castilla, Felipe de Francia, hermano de Blanca, el conde de Eu, hijo de Juan de Brena, rey de Jerusalem, el infante don Sancho, arzobispo de Toledo, que celebró la misa, los enviados de los electores del imperio de Alemania que habian nombrado á don Alfonso, los prelados y ricos-hombres del reino, y al decir de algunos, el príncipe Eduardo de Inglaterra, el mismo rey Ben Alhamar de Granada, y la emperatriz María de Constantinopla que hacia poco habia venido á Castilla <sup>(1)</sup>: de modo que con razon podia llamarse córte de príncipes y de reyes. Terminada la solemnidad de las bodas, volvióse don Jaime á sus estados, acompañándole don Alfonso su yerno y

(1) Mondejar en sus Memorias niega la asistencia de algunos de estos príncipes, fundado en que no los menciona el rey don Jaime en sus Comentarios: sin embargo además de la Crónica de don Alfonso el Sábio, los nombran Zurita, Abarca, Garivay, Mariana y otros muchos.—La emperatriz María de Constantinopla, hija de Juan de Brena, rey de Jerusalem, y de Berenguela de Leon, hermana de San Fernando, vino á España á solicitar de los reyes de Aragón y de Castilla algunos auxilios para el rescate de su hijo único Felipe de Courtenay, que habia sido entre-

gado á unos comerciantes venecianos en prenda y garantía de una considerable suma de dinero que estos habian prestado á su padre el emperador Balduino II. El rey Alfonso X. de Castilla fué tan espléndido y generoso que él solo se encargó de dar á la emperatriz su prima la cantidad necesaria para el rescate de Felipe, que parece fueron diez mil marcos de plata. Este es uno de los puntos en que el marqués de Mondejar rectifica varias equivocaciones de la Crónica antigua de don Alfonso.—Observaciones, cap. 36 y 37.

doña Violante su hija hasta Tarazona: y poco tiempo despues volvieron á verse todos en Valencia, siendo la primera vez que doña Violante despues de veinte y cuatro años de casada con Alfonso de Castilla veía los estados de su padre. Con grandes fiestas y solemnes juegos y regocijos fueron agasajados los reyes de Castilla en Valencia, bien agenos tal vez de los sin sabores que en su reino los esperaban y de la conspiracion que iba á estallar en sus dominios y dentro de su propia familia.

Fué el promovedor principal de la célebre rebellion de que vamos á dar cuenta el conde don Nuño Gonzalez de Lara, uno de los mas poderosos magnates castellanos que con todo el antiguo orgullo y altivez de los de su linage, bullicioso él tambien é inquieto de condicion, olvidó fácilmente los muchos beneficios, honores y consideraciones que del rey habia recibido, y no olvidó el desabrimiento que Alfonso le mostró por haber sido de dictámen contrario al del monarca en lo de relevar al reino de Portugal del feudo y homenaje que reconocia al de Castilla, feudo de que redimió por este tiempo Alfonso X. de Castilla á aquel reino á solicitud de su nieto don Dionisio de Portugal.

En 1269 vino á Sevilla este don Dionisio, hijo de Alfonso III. de Portugal y de Beatriz de Castilla á rogar á su abuelo Alfonso V. relevase al monarca portugués su padre del vasallage y feudo que por lo

del Algarbe prestaba á Castilla. No atreviéndose Alfonso á resolver por sí, ó aparentándolo al menos, lo consultó con los infantes y ricos-omes de su corte: vacilaron estos un rato, como si por un lado conociesen la inconveniencia de otorgar la pretension, y por otro temiesen disgustar al rey. Rompió entonces el silencio don Nuño de Lara, y habiendo espuesto que si bien debía el rey dispensar mercedes y honores al infante don Dionis por el parentesco que los unia, y por la caballería que de él habia recibido (que acababa el jóven príncipe portugués de ser armado caballero por el de Castilla), añadió: «*Mas, señor, que vos tiredes de la corona de vuestros reinos el tributo que el rey de Portugal y su reino son tenidos de vos facer, yo nunca, señor, vos lo aconsejaré.*» Disgustó al rey este lenguaje, pidió su parecer á los demas, opinaron estos como el monarca deseaba, y el feudo y vasallage de Portugal fué alzado.

Tal fué por lo menos la causa ostensible que alegó el de Lara para rebelarse contra su rey, aunque ni éste dejaba de dar otros motivos de descontento á sus vasallos con su mal conducidas pretensiones y sus imprudentes liberalidades, ni el conde don Nuño habia dejado de conspirar antes en secreto, intentando indisponer con el soberano, ya al rey Ben Alhamar de Granada, ya á don Jaime de Aragon durante su estancia en Burgos. Poderosa como era la casa de Lara, y dilatada su familia y parentela, fácilmente

logró atraer á sí y hacer entrar en sus planes á muchos ricos-hombres y barones castellanos, y aun tuvo maña para conseguir que se pusiese al frente de la conjuración el infante don Felipe, hermano del rey, el que habia sido arzobispo electo de Sevilla, que casó despues con la princesa Cristina de Noruega, y últimamente se habia enlazado con una señora de la familia de los Laras. Diez y siete ricos-hombres se juntaron en Lerma, villa del señorío de don Nuño, donde cada cual espuso las quejas que contra el rey tenia, y hablóse mucho de lo oprimidos y aniquilados que estaban los pueblos con tan grandes cargas y tributos como sobre ellos pesaban: causa con que por lo comun se procura cohonestar ó justificar todas las sublevaciones, y que por desgracia entonces no carecía de fundamento y de verdad. Resolvióse tambien que el infante don Felipe pasára á Navarra con objeto de inducir ó ganar en su favor al infante don Enrique que gobernaba aquel reino en ausencia de su hermano el rey Teobaldo II., que á la sazón se hallaba en Tunez en la cruzada contra infieles y en la compañía de Luis IX. (San Luis) de Francia (1260). Negóse el de Navarra á las instigaciones del castellano, teniendo por mas seguro mantener la paz del reino que interinamente regia, que perturbarla por el aliciente de promesas de incierta realización <sup>(1)</sup>.

(1) Mariana refiere muy sucinta y no muy exactamente los sucesos importantes á que dió lugar esta ruidosa sublevación, y no nos

Hallábase Alfonso de Castilla en Murcia, cuando llegaron á su noticia las tramas y primeros pasos de los conjurados. Hubiera podido el rey disipar la tormenta, si hubiera obrado con resolucion y energía. Pero contentóse con enviar mensajes á su hermano y á los ricos-hombres de la conspiracion, mensajes con que logró solo hacerlos mas cautos, hasta el punto de persuadir con maligna sagacidad al monarca que podia contar con ellos y pedir sin inconveniente á los pueblos un nuevo subsidio; lazo en que cayó el cándido monarca, y subsidio que sirvió despues para los mismos confederados. Por otra parte en lugar de venir Alfonso sobre Lerma á sofocar la conjura fue-se á Alicante á pedir consejo á don Jaime de Aragon sobre si deberia favorecer al rey de Granada, ó á los tres walíes disidentes; pues unos y otros le habian escrito reclamando su auxilio. Mientras Alfonso gastaba el tiempo en estas consultas los de Lerma se anticipaban á ganar al emir granadino, y el infante don Felipe repetia su instancia á Enrique de Navarra que ya obtenia en propiedad aquel reino (1271.) por haber muerto sin sucesion su hermano Teobaldo II. en

parecen menos defectuosas en este punto otras historias generales. La Crónica antigua de don Alfonso el Sabio adolece por el contrario de una difusa y desordenada prolijidad, que no es extraño confundiera al mismo Zurita. Don Luis de Salazar y Castro en su Historia de la casa de Lara, y el marqués de

Mondejar en sus Memorias han esclarecido bastante estos sucesos. Nosotros, huyendo ambos extremos referimos lo mas interesante y lo mas necesario para que se conozca el carácter y marcha de aquella revolucion y la influencia que tuvo en la situacion de España en este importante reinado.

Trápani de vuelta de su malhadada espedicion á Tunez. La respuesta de Enrique I., siendo rey, no fué en verdad mas lisonjera al infante de Castilla, que la que antes habia dado siendo regente del reino; mas no por eso se desalentaron los de la conjuracion, cuya alma era don Nuño de Lara. Cuando el rey volvió á Castilla, salieron á recibirle todos armados, cosa que extrañó mucho, «ca non venian, dice su Chronica, como homes que van á su señor, mas como aquellos que van á buscar á sus enemigos.» Tuvo Alfonso la debilidad de entrar en transacciones con ellos, y á indicacion del mismo monarca espúsole don Nuño en nombre de todos el capítulo de quejas y agravios que contra él tenian.

Los agravios y demandas que el de Lara á nombre de la nobleza esponia principalmente eran: perjurios que decian resultar á sus vasallos de los fueros que el rey daba á algunas villas: que no llevaba en su córte alcaldes de Castilla que los juzgasen: que se agraviaban los hijos-dalgo de la alcabala que pagaban en Burgos: que recibian daños de los *merinos*, *corregidores* y *pesquesidores* del rey: que se disminuieran los servicios, etc. Satisfechas en su mayor parte estas demandas, pidieron despues: que los nobles é hijos-dalgo fuesen juzgados solo por los otros hidalgos, de los cuales hubiese siempre dos jueces en la córte del rey: que quitase los merinos y pusiese adelantados: que deshiciese los pueblos que habia

mandado hacer en Castilla: que suprimiése los diezmos de los puertos (derechos de aduana).

Tambien satisfizo el rey á algunas de estas peticiones, mas no por eso se dieron por contentos ni por desagraviados: antes sin deponer su actitud bélica, pidiéronle que ratificase sus respuestas en córtés del reino. Hizolo asi el monarca en las que al efecto congregó en Burgos: pero nada podia satisfacer á quienes se proponian no darse por satisfechos, y como las exigencias crecian al compás de las concesiones, acabaron por desavenirse, que esto era en realidad lo que buscaban, y abandonando brusca y repentinamente á Burgos, y usando del derecho que el fuero les concedia de despedirse los ricos-hombres del rey, ó sea de desnaturalizarse y pasarse á reinos estraños<sup>(1)</sup>, saliéronse de Castilla saqueando é incendiando á su paso iglesias y poblaciones, y fuéronse á la córte del rey de Granada, que los recibió con los brazos abiertos, sin que bastasen á reducirlos los ruegos y embajadas que el rey y la reina emplearon antes y despues de llegar á la córte del emir de los infieles (1272).

Aposentóse el infante don Felipe en el magnífico

(1) En otro lugar hemos hablado ya de este fuero, por el cual los ricos-hombres podían *desnaturalizarse*, entregando al rey los castillos y honores que por merced suya tenían, perdiendo sus derechos y privilegios, pero quedando libres para poder servir á quien quisiesen sin nota de haber faltado á la obligación del vasallaje debido á su señor natural y puede verse además en don Alonso de Cartagena, Doctrinal de caballeros, que cita espresamente este caso.

palacio de Abu Seid construido por los Almohades extramuros de la ciudad; los demas se alojaron en casas principales. Natural era que el rey Mohammed Ben Alhamar se sirviese de los nuevos aliados para combatir y sujetar á los tres walíes rebeldes, que le tenían conmovido y debilitado el reino, y asi se verificó. Hicieron los tráfugas castellanos su primera salida contra el de Guadix, acompañados de Mohammed, hijo y sucesor de Ben Alhamar. Pero amenazado éste por el rey de Castilla, que no dejaba de auxiliar á los rebeldes gobernadores, y no omitiendo Alfonso género alguno de negociaciones y de ofertas para ver de atraer nuevamente á su servicio á sus antiguos vasallos, conoció que no podia proseguir con vigor aquella guerra sin contar con otros elementos, y resolvióse á solicitar socorros del rey de Marruecos y de Fez, Abu Yussuf, príncipe de los Beni-Merines de Africa<sup>(1)</sup>. La viveza de Ben Alhamar no le permitió aguardar á que viniesen los africanos, y esto le arrastró á su perdicion. Habiendo sabido que los walíes habian entrado en sus tierras, montó en cólera y resolvió escarmentar su insolencia saliendo á combatirlos en persona y al frente de su ejército, á pesar de

(1) Los *Merinos*, como los llama el P. Mariana.—Estos Beni-Merines, que habian fundado un nuevo imperio en esa Africa de donde tantas veces habia venido la salvacion y la servidumbre á los musulmanes españoles, eran originarios de los zenetas (los *ginetes* que dicen nuestras historias), y estaban agraviados de don Alfonso de Castilla, porque no habia reprimido á los marinos de Sevilla que andaban al corso en la costa de Africa.

su edad avanzada. Salió pues con la flor de su caballería, y acompañado del infante don Felipe y demás cristianos que se hallaban en su corte. El pueblo auguró mal de aquella campaña al saber que al primer caballero que formaba en la vanguardia se le había roto la lanza contra las bóvedas de la puerta. El presagio fatídico se cumplió. A la media jornada de la capital se vió el rey moro atacado de un grave accidente; los síntomas se presentaron mortales: tratóse de conducirlo á Granada, mas la vida se le acabó antes que el camino, y espiró bajo un pabellon que de improviso le levantaron (1273), al modo que le había acontecido al emperador Alfonso VII. de Castilla cerca del puerto del Muradal. Todos lloraron su muerte, y su cadáver fué trasladado á Granada, donde fué enterrado con gran pompa <sup>(4)</sup>.

El hijo único que le sobrevivió fué proclamado rey de Granada con el nombre de Mohammed II., y paseáronle con grande comitiva por las calles de la ciudad. Deshácense los escritores árabes en elogios

(4) Notable y curioso es el epitafio que su hijo hizo inscribir en letras de oro en su sepulcro de alabastro: *Este es el sepulcro del sultan alto, fortaleza de Islam, decoro del género humano, gloria del día y de la noche, lluvia de generosidad, rocío de clemencia para los pueblos, polo de la secta, esplendor de la ley, amparo en la traición, espada de verdad, mantenedor de las criaturas, leon en la guerra, ruina de los enemigos, apoyo del estado, defensor de las fronteras, vencedor de las huestes, domador de los tiranos, triunfador de los impios, principe de los fieles, sabio adalid del pueblo escogido, defensa de la fe, honra de los reyes y sultanes, el vencedor por Dios..... ensálcelo Dios al grado de los altos y justificados, y colóquele entre los profetas justos, mártires y santos....*—Traduc. de Conde, par. IV., c. 9.

de este príncipe, aventajaba, dice Al Khattib, á todos los reyes en magnificencia, en fortaleza, en valor, en prudencia, en constancia, en esperiencia y conocimiento de todas las cosas. Grave y hermoso de rostro, gallardo de cuerpo, arrogante y gentil en sus maneras, compuesto y esmerado en su trage, elegante y cortés en su habla, ya se espresase en árabe, ya en español, cuyo idioma poseia como el mas culto castellano, amante de las letras y protector de los doctos, era Mohammed II. mirado como el honor del islamismo, y amábale y le reverenciaba el pueblo. En nada alteró el orden de gobierno establecido por su padre, y conservó en sus puestos á todos los funcionarios públicos. Resuelto á someter á los walfes sediciosos hizo una salida contra ellos acompañado de los nobles castellanos; los derrotó cerca de Antequera, y volvió triunfante á Granada, donde honró mucho á los magnates cristianos, y les regaló armas, caballos y vestidos, y al decir de algunos, erigió y destinó un magnifico palacio para el conde don Nuño de Lara <sup>(1)</sup>.

Mientras esto pasaba, el rey don Alfonso de Castilla, deseoso de congraciarse con sus pueblos, en las cortes de Almagro de 1272 les alivió de algunos tributos, de aquellos mismos que habian entrado en las peticiones de los ricos-hombres de la junta de Lerma, y no cesaba de despachar mensageros á Granada para

(1) Bleda, Coron, de los mo. Hist. lib. 39. Conde, ubi sup. lib. IV., c. 23.—Garibay, Comp.

ver de reducir todavía á estos mismos, satisfaciendo á la mayor parte de sus condiciones, pero siempre rechazando algunas. Contrastaba esta debilidad del rey con la tenacidad de los rebeldes magnates, que á nada accedían mientras no fuesen satisfechos en todo. Al ver semejante obstinación, «hovo ende el rey muy grand saña,» dice la crónica y resolvióse otra vez por la guerra, haciendo un llamamiento general á los de su reino y solicitando nuevamente la ayuda de su suegro el de Aragon. Temíanse no obstante mutuamente el soberano de Castilla y el rey moro de Granada, teniendo aquel en su favor los walíes sarracenos disidentes, este en el suyo los disidentes magnates castellanos, recelando el de Granada del auxilio que podía prestar el aragonés al de Castilla, y recelando el de Castilla del socorro que al de Granada podrían enviar los Beni-Merines de Africa. Por lo mismo abriéronse tratos y conferencias entre unos y otros, primeramente por medio de la reina y del infante don Fernando de Castilla que se hallaban en Córdoba, y concluyendo por acordar una entrevista general de todos en Sevilla. Hallábase ya el rey don Alfonso en esta ciudad con la reina y los príncipes, cuando se presentó en ella Mohammed de Granada, acompañado del infante don Felipe, de don Nuño de Lara, de don Lope Diaz de Haro y demas caballeros castellanos que se hallaban en su córte. Salió á recibirle don Alfonso á caballo con gran séquito, aposentóle

en su alcázar y le obsequió con fiestas, saraos y torneos. Llamaba la atención el rey Mohammed por su esbelto y gallardo continente. Entreteníase la reina de Castilla en preguntarle acerca de las costumbres de la sultana y de sus esclavas, á que satisfacía él con amabilidad y galante dulzura. Pactáronse avenencias entre los reyes, y se acordó renovar y guardar el concierto anteriormente celebrado con Ben Alhamar en Alcalá la Real ó de Ben Zaide, quedando los vasallos de ambos reinos libres para comerciar entre sí y con iguales franquezas y seguridades (1274). Pidió no obstante la reina de Castilla al rey moro una gracia que él con mucha ganancia se apresuró á conceder antes de saber cuál fuese. Díjole entonces la reina que quería se añadiese á la capitulación un año de tregua para los walíes de Málaga, Guadix y Comares. Mucho sintió Mohammed que fuese aquella la gracia que doña Violante le pedía, pero se había anticipado á concederla, y con mucho disimulo y comedimiento la dió por otorgada (1).

En cuanto al infante don Felipe, don Nuño de Lara y demas nobles castellanos que habían hecho causa contra el rey, vióse don Alfonso en la necesidad de satisfacerles «en todos sus pleitos y posturas,» aprobando y confirmando lo que ya antes sin su consentimiento y aun contra su voluntad se habían adelan-

(1) Conde, p. IV., 9.—Chron. de don Alfonso el Sabio, cap. 53.

tado á prometer en Córdoba la reina y el infante don Fernando. Asi volvieron aquellos altivos y porfiados magnates al servicio de su rey despues de haberle mortificado con disgustos y humillaciones. Terminado el concierto, despidióse y regresó el rey moro á Granada, acompañándole hasta Marchena los príncipes don Felipe, don Manuel y don Enrique con lujosa servidumbre; y el rey de Castilla, que se vió un momento desembarazado de aquella atencion, volvióse á Toledo á disponer y apréstar su ansiado viage á Italia para reclamar del pontífice la corona imperial de Alemania, viage de que dimos ya cuenta mas arriba <sup>1)</sup>.

Apenas espiró el plazo de aquella tregua con los walies, de mala gana concedida por Mohammed, abrió éste de nuevo la guerra, y para hacerla mas viva y asegurar mejor su éxito, escribió al rey de los Beni-Merines de Africa pintándole la facilidad con que entre los dos podrian reducir á los walies rebeldes y restablecer el estado abatido del islamismo en Andalucía, y para mas estimularle ponía á su disposiciou los puertos de Tarifa y Algeciras. Aceptó Yacub Abu Yussuf la invitacion y el ofrecimiento, y el 12 de abril de 1275 desembarcaron numerosos escuadrones africanos en las playas de Tarifa, y poco despues arribó el mismo Abu

(1) «Y él vino á Toledo, dice su Crónica, á mandar guisar las cosas que habia menester para la ida del imperio.»—Ortiz de Zú-  
ñiga, Anal. de Sevilla, año 1274.  
—Salazar, Casa de Lara, libro XVII, cap. 4.

Yussuf con poderosa hueste. La primera diligencia fué hacer que los tres walies se sometiesen al legítimo emir, reprendiéndoles severamente su conducta. Dividiéndose despues los dos ejércitos aliados musulmanes en tres cuerpos, dirigiéndose el uno hácia Sevilla, hácia Jaen el otro, y el tercero, en que iban los tres walies, se encargó de talar la campiña de Córdoba.

Era esto en ocasion que el rey de Castilla se hallaba ausente del reino á causa de su funesto viage y de su malhadada entrevista con el papa. Gobernaba la monarquía su hijo el príncipe don Fernando de la Cerda, y defendia la frontera el conde don Nuño Gonzalez de Lara, el antiguo motor de la rebelion de los ricos-hombres castellanos; el cual con noticia de que venia por aquella parte el ejército del emperador de Fez y de Marruecos, salió de Córdoba y le presentó batalla con la escasa gente que tenia. Los cristianos fueron arrollados en el combate, y en él pereció el de Lara víctima de su temerario arrojo, con cuatrocientos escuderos que le escoltaban. Su cabeza fué enviada por Abu Yussuf al rey Mohammed de Granada, de quien cuenta la crónica que al mirar las facciones del antiguo amigo de su padre y suyo, apartó con horror la vista, se tapó la cara con ambas manos, y exclamó: «¡No merecia tal muerte mi buen amigo!» Asi acabó aquel hombre, que despues de haberse alzado contra su rey y héchose aliado y amigo del emir de los in-



fieles, murió peleando por su monarca para servir su cabeza de sangriento y horrible presente al mismo rey moro, cuya amistad habia preferido antes á la de su soberano. Tan luego como la nueva de este desastre llegó al infante don Fernando, gobernador del reino que se hallaba en Burgos, hizo llamamiento general á todos los ricos-hombres y concejos, y él mismo se apresuró á acudir á la defensa de la frontera; mas al llegar á Villa Real (hoy Ciudad-Real) enfermó y sucumbió á los pocos dias (agosto, 1275). Este malogrado príncipe, que habia comenzado á mostrar grande acierto y prudencia en la gobernacion del reino, previno al tiempo de fallecer al conde don Juan Nuñez de Lara, hijo mayor de don Nuño, y rogóle *mucho afincadamente* cuidase de que su hijo Alfonso sucediera en el reino cuando fuesen acabados los dias del monarca su padre: circunstancia que conviene no olvidar para los sucesos futuros de la historia.

Mas el infante don Sancho, hijo segundo del rey, tan luego como supo el inopinado fallecimiento de su hermano primogénito, antes que de suplir su falta para guerrear contra los moros, se acordó de prepararse para hacerse proclamar sucesor del trono de Castilla, á cuyo efecto aceleró su marcha á Villa Real, y confederándose con don Lope Diaz de Haro, señor de Vizcaya, y ganando á su partido los ricos-hombres y caballeros que alli habia, comenzó á usar en sus despachos el título de *Hijo mayor del rey, sucesor*

y heredero de estos reinos, persuadido de que hallándole su padre admitido y seguido como tal, le reconocería y confirmaría en aquella prerogativa. Y para merecerla mas con su solicitud en atender al peligro en que el reino se hallaba, resolvió continuar la jornada que habia emprendido su malogrado hermano. Prosiguió, pues, á Córdoba con la gente de Castilla, y encomendando á don Lope Diaz de Haro la tenencia de la frontera que habia tenido don Nuño Gonzalez de Lara, y atendiendo con gran diligencia al presidio y fortificacion de las plazas, pasó á Sevilla á dar disposicion de que la armada de Castilla saliese á los mares al objeto de impedir que de Africa viniesen nuevos socorros de hombres ó de bastimentos á los infieles. Pero otra nueva desgracia llenó de amargura á los cristianos españoles. El otro infante don Sancho, arzobispo de Toledo y hermano de la reina doña Violante de Castilla, llevado de un fervoroso celo, y lastimado de ver el estrago que hacian los sarracenos en la comarca de Jaen, resolvió salir en persona á castigar su orgullo. El buen prelado, menos prudente que animoso, y con menos esperiencia en las armas que fé y buen deseo en el corazon, sin esperar á que llegase don Lope Diaz de Haro, que de orden del otro don Sancho iba con refuerzo, se adelantó con su caballería hasta la Torre del Campo, y acometiendo á los moros sin orden ni concierto, fué causa de que los africanos alanceáran á los caballeros de su séqui-

to, y él mismo cayó vivo en poder de los infieles. Disputábansele africanos y granadinos, pero el arraez Aben Nasar cortó la disputa arremetiendo con su caballo al infante arzobispo y atravesándole con su lanza. Con inhumanidad horrible le cortaron los soldados la cabeza y la mano derecha, dividiéndose entre africanos y andaluces aquellos sangrientos despojos, siendo los últimos los que tuvieron el bárbaro placer de llevarse la mano con el sagrado anillo. El ultraje fué de algun modo vengado al día siguiente por don Lope Diaz de Haro, que llegando con la nobleza de Castilla atacó á los enemigos cerca de Jaen, hizolos retirar y recobró el guion del arzobispo, de que iban haciendo burla y escarnio los musulmanes. Comenzó á distinguirse en aquel día el jóven Alfonso Perez de Guzman, que habia de ganar mas adelante el sobrenombre de el *Bueno*.

En tal estado halló don Alfonso de Castilla las cosas de su reino cuando volvió á España de su desventurada expedicion á Belcaire. Traia de alli por todo fruto un desaire bochornoso del papa, y acá habia perdido al adelantado don Nuño, á su hijo primogénito don Fernando, y á su cuñado el infante arzobispo de Toledo. Lo único que halló de favorable fueron las acertadas medidas que el infante don Sancho habia tomado en la frontera, y que habian movido al emperador Yacub á replegarse sobre Algeciras, y el socorro que su suegro el de Aragon enviaba ya á

Castilla. En su vista el rey de los Beni-Merines creyó deber aceptar la tregua que el castellano le ofrecia, no dándosele gran cuidado por la situacion comprometida en que quedaba el de Granada, á quien vino á favorecer, contento él con retener las plázcas de Tarifa y Algeciras. El granadino, reconociendo que no podia por sí solo sostener con buen éxito la guerra contra las fuerzas combinadas de Castilla y Aragon, pidió tambien ser comprendido en la tregua, y quedó estipulada esta por dos años (1276) entre los tres soberanos de Castilla, de Fez y de Granada (1).

Aprovechamos esta tregua para dar cuenta de los gravísimos sucesos que en este tiempo y hasta la muerte de don Jaime habian acontecido en Aragon.

Si grandes fueron los disturbios de Castilla y los sinsabores de su monarca en los años 1270 al 76, aparecen pequeños y leves si se comparan con los que en este período y despues de haber regresado don Jaime á sus estados de las bodas de Burgos perturbaron la monarquía aragonesa y llenaron de amargura los últimos años de aquel anciano monarca. Comenzaron estos disgustos por la guerra á muerte que entre sí se hacian dos hijos del rey; don Pedro, el mayor de los legítimos, heredero del reino y el mas

(1) Conde, part. IV., c. 10.— Chron. de don Alfonso el Sábio, cap. 55 á 65.—Bleda, Coron. de los mor. lib. IV.—Argote de Moli-  
na, Nobleza, lib. II.—Salazar, Casa de Lara,—Mondejar, Memor. de don Alfonso, lib. V., cap. 17 á 31.